



HOMILÍA PARA LA MISA DEL JUEVES 19 DE JULIO DÍA 4: “ARREPENTIRSE”

**Monseñor Éric de Moulins-Beaufort
Obispo auxiliar de París**

Verdaderamente, hermanos y hermanas, cada uno de vosotros intenta vivir según lo mejor, y cada una de vuestras parejas trabaja por hacer fructificar al máximo la gracia del sacramento del matrimonio, como por mi parte yo me esfuerzo por vivir mi sacerdocio según el deseo de Dios. Intentamos vivir según el Señor. Es por lo que hemos escogido entrar en los Equipos de Nuestra Señora y es por lo que perseveramos en ello a pesar de las complicaciones: para ser ayudados, estimulados, impulsados, a salvaguardar fielmente lo que da su plena dimensión espiritual a nuestra vida; para ser estimulados, impulsados, en nuestra elección o negativa. Incluso viviendo así, a pesar de todo, nosotros sabemos bien y esta jornada nos ha ayudado a darnos cuenta mejor, que no podemos esperar que todo de nosotros le place a Dios; no podemos estar seguros de que todas y cada uno de nuestras opciones estén motivadas por el amor, marcadas por el sello de nuestra renuncia a nosotros mismos, purificadas de toda nuestro odio o envidia.

A lo largo del tiempo, muchas vicisitudes anidan en nuestros corazones, muchos impulsos agitan nuestras almas. No podemos ser conscientes de todo ni todo dominarlo; a veces, nos encontramos extasiados allá donde no habríamos querido llegar. A veces, también, una conversación, una lectura, una meditación, una homilía, un intercambio espiritual, nos hacen darnos cuenta que, en tal ámbito de nuestra vida donde estimamos vivir bien o sin ningún problema espiritual, en realidad nos alejamos del Señor, nos falta la gracia de Dios, podríamos o deberíamos actuar de otra manera. Descubrimos de repente habernos equivocado o haber perdido el tiempo, sin habernos dado cuenta pero no del todo sino con una cierta ceguera voluntaria o con una sordera de hecho mantenida.

Nosotros no podemos ser perfectos, si la perfección para nosotros los cristianos debiera responder a la perfección del gas perfecto o a la transparencia del agua destilada. La actitud esencial es la de acoger la palabra del Señor que acaba de ser proclamada por nosotros esta tarde: “Venid a mí, todos los que estáis agobiados bajo el peso de la carga, y yo, yo os procuraré el reposo”. Lo peor sería lo contrario, el intentar auto justificarnos, fabricar razones para mantenernos en un estado o en un actuar a pesar de las señales que hubiéramos recibido. El camino que el Señor nos ofrece puede parecernos arduo, demasiado exigente para nuestras pobres fuerzas, pero el Señor, en realidad, espera de nosotros ante todo que nos atrevamos a acercarnos a él con nuestra carga, que renunciemos al orgullo y nos confiemos a su gracia.

El profeta Isaías nos ha hecho comprender un pensamiento no verdaderamente cartesiano sobre la manera en la que el hombre camina bajo la mirada de Dios. “Es derecho, el camino del justo”: tanto mejor. Si reflexionamos sobre ello un poco, a veces mi camino es derecho y a veces lo es menos de lo que yo imaginaba, y no veo cómo hacerlo mejor. Pero el profeta prosigue inmediatamente: “Tú que eres honorable, tú aplanas el camino del justo”. El fondo de las cosas no es solamente que el justo camina derecho y que esto complace al Señor; el fondo de las cosas es aún más profundo que el camino del justo no esté derecho sino porque Dios lo aplanas sin cesar. El camino del justo es derecho porque Dios sin cesar actúa secretamente para alisar, reconducir,



aplanar, reordenar el camino que recorre el que será proclamado justo. El secreto está explicado un poco más adelante: “Cuando se efectúan tus juicios sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenden la justicia, Señor, tú nos aseguras la paz, tú mismo actúas por nosotros”. Dios no está en el exterior de nuestras vidas, o debajo, o delante, mirando desde la línea de llegada cómo caminamos, felicitando a los que caminan derechos, y regañando a los que se pierden. Dios está en nosotros, redirigiendo, enmendando, corrigiendo, volviendo a poner en el camino a los que se caen.

El profeta nos llega a explicar con una radicalidad asombrosa el estado de la humanidad: “Nosotros hemos concebido, hemos estado en los dolores del parto, pero no hemos creado más que aire”. La imagen es fuerte, es espléndida. ¿Qué es lo que pasa en la historia? La humanidad se crea ella misma. ¡Oh, nos encanta, como somos modernos, lo percibimos así! Nosotros creamos un mundo nuevo. Pero el profeta nos dice: “No hemos creado más que aire”. Nuestras sofisticadas sociedades occidentales pretenden engendrar siempre un mundo mejor, siempre más seguro, siempre más placentero, donde las causas del sufrimiento sean eliminadas lo más posible. Pongamos algunos ejemplos. El compromiso del matrimonio lleva a tal hombre y a tal mujer a ser prisioneros el uno del otro, aferrados a la fuerza a una embarcación en peligro de naufragio; nuestras sociedades ha puesto enseguida sistemas jurídicos que pretenden permitir separarse como buenos amigos y comenzar de nuevo desde cero sin acarrear detrás de sí nada del fracaso anterior. Algunas parejas no pueden tener hijos: nuestras sociedades sofisticadas han puesto enseguida procedimientos técnicos seguros y todo un entramado jurídico para permitirles conseguir niños sin dañar a nadie y crear a los que van a ser concebidos de esta forma con el menor traumatismo posible o de lo contrario, desarrollando igualmente los mecanismos que consigan absorber esos traumatismos. Las relaciones de hombres-mujeres han sido a lo largo de los siglos una relación de dominación y sumisión: nuestras sociedades sofisticadas pretenden permitir que el hombre y la mujer vivan las mismas experiencias en tanto que ellos o ellas lo quieran, imponiendo por ley y a través de un control social la absoluta igualdad de todos y de cada uno. Las familias están apabulladas por las complicaciones de una persona de edad avanzada al final de su vida; algunos, en nuestras sociedades sofisticadas, se enorgullecen de poder organizar la muerte de éstos con la mayor libertad y claridad, sin la menos ambigüedad, sin problemas morales...

Nosotros, cristianos, preferimos creer que Dios, el Dios creador, tiene piedad de nosotros y que se acerca a nosotros. Él acaba por recoger en él nuestros actos siempre imperfectos para compensar las faltas, las imperfecciones e, incluso, los defectos ocultos que los convierten en incapaces para producir fruto. Porque sucede lo mismo con algunos de nuestros actos como con un vaso que contiene una fisura: tiene toda la apariencia de un cristal sólido pero se agrieta al menor golpe. Él, el Señor Jesús, lo acoge todo en él. Él puede consolar a los que están afligidos por la incompetencia de nuestros actos; Él puede hacer triunfar al término de la historia lo que nuestras buenas intenciones han esbozado sin conseguir darle verdaderamente forma. Nosotros, hermanos y hermanas, no tenemos ilusión por crear un mundo ideal, hecho de actos humanos perfectos. Nosotros, cristianos, nos atrevemos a reconocer que, en nuestras relaciones conyugales o incluso las familiares, nuestras buenas intenciones no nos impiden herir a tal o a tal, de complicar la vida del otro, de decepcionarnos ante tal expectativa, pero esta constatación no nos desanima porque sabemos que podemos poner todo en las manos de Jesús, porque sabemos que nuestro amor de los unos por los otros, está retomado, envuelto, calentado, arropado en un amor más grande y más original, el de Dios por nosotros que se desparrama por cada uno de nosotros y por cada uno de los que nos encontramos en el corazón de Jesús, abierto para todos y por cada uno.



**Rassemblement International – International Gathering – Encuentro Internacional -
Encontro Internacional – Raduno Internazionale**

Fátima 2018

16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio

Esta noche, pues, al término de una jornada donde hemos podido mirar nuestro pecado bajo la dulce luz del perdón de Dios, celebremos la Eucaristía. Ella es el corazón de Cristo abierto para nosotros y sus dos brazos abiertos para acogernos en él. Avancemos hacia Él con vuestros fardos y nuestras resistencias, seguros de que su rocío ha hecho vivir las muertes.

Amén.